

2013-07-01

Susana Fiorentino

Alexandra Delgadillo Méndez

Universidad de La Salle, Bogotá, dadelgadillo@unisalle.edu.co

Follow this and additional works at: <https://ciencia.lasalle.edu.co/bi>

Citación recomendada

Delgadillo Méndez, Alexandra (2013) "Susana Fiorentino," *Biodiversidad Colombia*: No. 2 , Article 8.

Disponibile en:

This Artículo de Divulgación is brought to you for free and open access by the Revistas descontinuadas at Ciencia Unisalle. It has been accepted for inclusion in Biodiversidad Colombia by an authorized editor of Ciencia Unisalle. For more information, please contact ciencia@lasalle.edu.co.



SUSANA FIORENTINO

LA BOGOTANA Susana Fiorentino Gómez, aparte de estar casada y tener dos hijas, también es hija, hermana y tía; pero no solo eso, desde sus prácticas estudiantiles de bacteriología, su carrera de pregrado, y luego de graduarse en 1983, de la Pontificia Universidad Javeriana, ha trabajado en la búsqueda de mejores terapias para el cáncer a partir de productos naturales, con unas sólidas bases científicas inmunológicas y con el conocimiento de la medicina tradicional. Su recorrido no ha parado ahí. Hoy en día tiene en su haber un máster en Inmunología (de la Universidad de Antioquia), un doctorado en Inmunología, un posdoctorado en Inmunología Molecular y otro en Inmunoterapia Antitumoral, todos realizados en Francia. Y ello la ha llevado a ser directora del Grupo de Inmunobiología de la Facultad de Ciencias de la Pontificia Universidad Javeriana. Incluso está realizando una Maestría en Oncología Molecular, en España.

Mi relación con las ciencias arrancó desde que comencé a hacer investigación en mis prácticas de pregrado, en el Hospital Infantil Lorencita Villegas de Santos. Una vez graduada duré cinco años vinculada a proyectos de investigación en el mismo hospital y, aunque hubiera querido salir del país a estudiar, en esa época no había tantas posibilidades y además tenía un novio al que quería mucho. En 1988, me fui a Argentina a hacer una especialización por seis meses y al regreso inicié mi maestría en Inmunología en la Universidad de Antioquia, gracias a una beca que otorgaba en ese momento el gobierno Nacional.

Con ese novio que tanto quería duramos ocho años y vivimos varias separaciones entre mi especialización y mi maestría; pero finalmente me casé con él, antes de irme a hacer el doctorado. Él es administrador agropecuario.

En el entretanto, me presenté para una beca que ofrecía Colciencias, el Icfes y el BID. Era maravillosa, porque yo podía escoger adónde ir a estudiar, y debido a que mi esposo tiene nacionalidad francesa, me decidí por Francia como destino para el doctorado, y en 1992, mi esposo viajó conmigo con la intención de montar algún negocio en Francia mientras yo estudiaba. Así, terminé mi doctorado en la Universidad de París, en el área de inmunología.

Ese es un largo recorrido que me lleva a pensar ahora en cuál ha sido y es el motor que me ha impulsado a desempeñarme en el área de las ciencias. En resumen, yo me gradué de diecinueve años de la carrera. Era muy joven, pero desde siempre sentí que la investigación es una forma de vida y una pasión. Para mí la ciencia es un arte, a nadie puede imponérsele ser científico.

Por ejemplo, mi papá es cantante de tango y mi mamá es negociante. Ellos tenían varios restaurantes y se dedicaban al comercio, pero yo siempre tuve una inclinación innata por la ciencia. Me encantaba McGyver, el personaje de una serie de televisión estadounidense que solucionaba todo de una manera brillante, utilizando su inteligencia y los objetos normales y corrientes que tenía a su alcance. Yo me imaginaba como él, encontrando soluciones a todo.

Estudí bacteriología casi por error, porque en esos tiempos no se contaba con una clara orientación profesional, unido al hecho de que no existían carreras de corte netamente científico; era difícil escoger. Pensé en estudiar medicina, pero los resultados de mi examen de

Estado (Icfes) no eran suficientes. Cuando me gradué de bacterióloga, me di cuenta de que el trabajo en el laboratorio analizando muestras no era lo que yo esperaba. Yo necesitaba responder preguntas; sin embargo, esta disciplina me dio unas fuertes bases de conocimiento y me permitió, al graduarme, desarrollarme en el ámbito científico.

Entender cómo se muere una célula, cómo se mueven las proteínas en esa célula, cómo funcionan, qué las activa y qué las bloquea puede servir para que una persona enferma tenga una mejor calidad de vida y otras opciones durante su tratamiento. Por ello, pienso que mi motor ha sido aplicar la ciencia, pues en Colombia, muchas veces, la ciencia no es aplicada y, a mi parecer, la ciencia que no tiene aplicación pierde su sentido. Esto no quiere decir que la ciencia básica no sea importante, lo es y mucho, porque es la base para generar soluciones, pero no debería olvidarse el horizonte que se quiere alcanzar con esa investigación básica, es decir, en algún momento los resultados de la investigación básica deben apoyar la generación de una aplicación para mejorar la calidad de vida de las personas.

Gracias a este principio de vida, en mi grupo de trabajo estudiamos fracciones obtenidas de productos naturales usados tradicionalmente y los caracterizamos. Por ejemplo, algunos provenientes de plantas tienen la capacidad de matar células tumorales o inducir la respuesta inmune contra esas células. Nosotros tenemos como modelo de estudio el cáncer de seno, y sobre este se desarrollan todas las pruebas. Trabajamos con unos límites geográficos, específicamente plantas colombianas, de regiones cercanas, que sean cultivables y no trabajamos sobre moléculas aisladas. Lo que se busca es generar medicamentos a partir de las plantas; no aislar las moléculas para venderlas sintéticamente.

Esto hace parte de un campo de investigación que se conoce como *purificación biodirigida*: se toma la planta tradicional y se trabaja con sus metabolitos. Esta investigación, a veces, parece una mezcla de ciencia con brujería. Es difícil que se le dé valor a la medicina tradicional y se reconozcan sus propiedades, aun cuando toda nuestra investigación tiene unas sólidas bases científicas.

En el campo en el que trabajo me parece que, a veces, algunos reconocimientos son vacíos. Para mí, uno valioso es que los profesionales que se desempeñan en la parte clínica comprendan que la investigación en la que mi equipo y yo trabajamos puede servirle

al paciente. La lucha ha sido posicionar el trabajo y lograr que se valore. En ese sentido, un premio nacional por parte de la Academia de Medicina que recibimos hace dos años fue muy importante para abrir el camino y que estos esfuerzos se valoren y puedan ser aplicados en un futuro a los pacientes.

Llegar al punto en el que me encuentro actualmente ha implicado tomar ciertas decisiones. Por ejemplo, me hubiera gustado tener una familia más grande, pero no podía, por mis actividades profesionales y por las de mi esposo. Gracias a él he tenido la fortuna de no sentir las dificultades, porque no estoy sola. Él sabe mucho del tema, me pregunta, se interesa por mis resultados y sabe cómo van mis investigaciones. Curiosamente, mi posdoctorado se dio más porque mi esposo tuvo que viajar a Francia y yo lo seguí a él, y ello, más que un sacrificio, fue una oportunidad para mí.

Por ser mujer estas decisiones académicas o familiares implican ciertos retos, por ejemplo, en cuanto a la decisión de tener o no tener hijos. Al comienzo yo no quería, pero mi primera hija nació durante mis estudios de doctorado y tuve la fortuna de que en Francia esto es algo muy natural. Los niños no van en contravía con una vida como científica. Recibí todo el apoyo de mis jefes y de mi esposo, y fue una experiencia increíble. Tuve que dejar de lado algunas actividades, nada de pruebas con VIH, ni nada de radioactividad; pero seguí trabajando normalmente. Allá es posible ver la ciencia como cualquier otro trabajo, sin tener que escoger entre la ciencia y la familia.

En mi experiencia, la mujer tiene la capacidad de ver desde diferentes ángulos, de integrar conceptos de modo más fácil. Pero no considero que las mujeres deban trabajar solas; de ninguna manera. Los hombres son persistentes y son muy buenos para manejar tecnologías y programas nuevos. Muchas veces, son ellos quienes están detrás de los desarrollos tecnológicos. Y por las capacidades de cada sexo, creo que hombres y mujeres somos un buen complemento. El equilibrio es fundamental.

Y ello está relacionado con que mujeres y hombres desarrollemos estudios relacionados con la biodiversidad en Colombia, porque, por ser un país megadiverso, tiene una riqueza muy grande por explotar; pero asumiendo la responsabilidad de protegerla y de aprovecharla. Es como la parábola de los talentos: si tenemos uno, es nuestro deber conocerlo, sacarle provecho, ponerlo a trabajar

para el bien de la sociedad. Es importante conocernos, para construirnos y poner la riqueza natural del país en su justa medida.

Si a uno de verdad le gusta la ciencia, debe consolidar sus conocimientos y profundizar en ellos. No es un camino fácil; sin embargo, es el mejor trabajo del mundo: uno vive de la curiosidad, se generan preguntas, busca cómo contestarlas y, además de vivir su vida en eso, le pagan por hacer lo que a uno le gusta. La ciencia nos permite cambiar el mundo en algo, y todos los días traen algo diferente. Y, aunque es un trabajo, siempre debe haber la opción de tener una vida fuera de él, de salir de paseo, de tener una familia, etc. La ciencia es una forma de vida.